

Dilemas sucesorios en Corea del Norte: escenarios futuros

Rafael Bueno

Director de Política y Sociedad, Casa Asia

Síntesis

El régimen de Corea del Norte vuelve a tener ante sí el desafío de la sucesión política, un dilema de trascendentes repercusiones para toda la región dado que se trata de una potencia nuclear enfrentada al mundo exterior, que ha permanecido aislada durante décadas y con una economía hundida. Se trata, además, de un sistema político que se vertebra en torno a la sumisión total a la figura del líder y su padre, ya fallecido, pero aún presidente eterno del país.

Los escenarios que puede que surjan de la posible sucesión son diversos, y aún lo son más si atendemos a las posibles combinaciones entre ellos. Como viene siendo tradicional, la falta de información —cuando no la gran desinformación y manipulación de las noticias— con respecto a todo aquello que envuelve la actualidad de este hermético país no permite aventurar con certeza qué pasará en el momento en que el “querido líder” deje a su pueblo para siempre. Todo apunta a que el liderazgo será de nuevo compartido por miembros de la familia Kim, con el hijo pequeño Kim Jong-un como cabeza visible y elemento legitimador del régimen en el interior y el exterior, y su tía (y su esposo) como los verdaderos responsables de regir el destino de más de 24 millones de personas que viven en la mitad norte de la península, en el centro de una región que, en cierta forma, vive en un clima prebélico, tras la guerra y posterior partición de 1945.

Introducción

Si hay algo de lo que podemos estar seguros acerca de la República Democrática Popular de Corea (RDPC o Corea del Norte) es que cualquier predicción que podamos hacer respecto a su futuro tiene muy pocas posibilidades de cumplirse, o al menos, de hacerlo en la forma esperada o deseada.

En el año 2008, coincidiendo con las celebraciones del decimosexto aniversario del establecimiento de la RDPC, el “querido líder” Kim Jong-il sufrió un infarto (confirmado

por fuentes oficiales norcoreanas y aún hoy ocultado a su pueblo), del que se hicieron eco la mayoría de medios de comunicación extranjeros, incluida la *BBC*, que se encontraba allí junto a unos pocos privilegiados que asistían a las masivas celebraciones oficiales de esa fecha señalada. No deja de sorprender la aparente normalidad con la que todos tomaron la cascada de cambios radicales de horarios y de escenificación de las celebraciones, algo que, bien es cierto, no es del todo ajeno a las dinámicas habituales del régimen, caracterizado por el gran secretismo de sus acciones.

Sin embargo, la noticias acerca de la presunta débil salud del líder y la cuestión de la sucesión despertaron el interés mediático en todo el mundo. A partir de entonces, se atribuyó a cada a paso, a cada decisión, a cada acto, un significado relacionado de una forma u otra con la sucesión.

A día de hoy, todo parece indicar que Kim Jong-il sigue firmemente al mando. Sin embargo, es seguro que el cambio de li-

derazgo traerá consigo también el cambio de estrategia del régimen, por lo menos en lo que respecta a sus relaciones con los países implicados en la resolución del conflicto de la península coreana, un tema en el que China sigue jugando un papel aventajado por delante incluso de Corea del Sur, Estados Unidos, Federación Rusa y Japón.

Por qué 2010 fue un año decisivo

El devenir de los acontecimientos a lo largo del año marcó sin duda el futuro del país, ya que sentó las bases de lo que en apariencia sería una transición política tranquila. Es preciso recordar que en sus poco más de seis décadas de historia Corea del Norte tan solo ha tenido que pasar por un único cambio de liderazgo, que además fue la primera sucesión dinástica en el seno de un régimen comunista.

También es cierto que no se puede entender ese año 2010 sin interpretar algunas claves del año precedente. Una de ellas, la reaparición del “querido líder” después de su infarto de abril en 2009, para comparecer ante el parlamento.

Y que esta cámara lo reeligiera como líder supremo, un acto simbólico acompañado de una demostración del ejército –que retiene una enorme influencia en la política– en forma del lanzamiento de un nuevo misil de largo alcance, que fuentes oficiales norcoreanas disfrazaron como la puesta en órbita de un nuevo satélite de comunicaciones. Y –lo que fue interpretado como el indicio más peligroso– todo ello tan solo un mes después una realizar una nueva prueba nuclear y desligarse, peligrosamente, del acuerdo de armisticio de 1953 entre ambas Coreas.

Fue este marco en el que aumentó la intensidad del debate por la sucesión, en el que cada vez tomaba más forma que el posible sucesor de Kim Jong-il podría ser su hijo pequeño; unas sospechas que poco después serían confirmadas por su hermano mayor, Kim Jong-nam a la televisión japonesa, una vía de comunicación también novedosa.

Ante este panorama de férrea continuidad de los modos y maneras del régimen a pesar de una sucesión en ciernes, parece difícil de creer que el 2010 se inició en un clima plagado de buenas intenciones por parte de Pyongyang, que incluso había efectuado un llamamiento en favor de una península coreana no nuclear. Sin embargo, ya en el mismo mes de enero, Corea del Norte abrió fuego en la frontera marítima en disputa, una agresión que halló respuesta por parte del Sur.

Un mes más tarde, la tensión continuó con la declaración unilateral de realización de ejercicios navales en cuatro áreas dentro en la zona marítima en disputa. Sin embargo, el verdadero estallido de tensión se registró en marzo, cuando se produjo un nuevo y peligroso punto de inflexión: el buque de guerra surcoreano *Cheonan* sufría un ataque y era hundido por un torpedo, dejando 42 marineros muertos y elevando la tensión entre ambos lados del paralelo 38 a su máximo nivel en décadas. En un clima de gran consternación internacional, y con la condena unánime de las potencias internacionales, un equipo internacional de investigadores (de EEUU, Reino Unido, Australia y Suecia) trabajó para esclarecer las causas del hundimiento, y dilucidar la más que posible implicación del buque norcoreano. Este extremo fue confirmado por los resultados de las pesquisas, publicadas el 20 de mayo, que hallaron componentes de un torpedo norcoreano entre los restos del buque.

Pyongyang, sin embargo, no admitió su implicación y, por el contrario, siguió a lo suyo. Quizás para distraer la atención (o como medida de distensión), en junio el parlamento norcoreano se reunió en sesión especial para elegir nuevos cargos destinados a facilitar el cambio de liderazgo del país. Sin embargo, la administración Obama anunció, en julio, nuevas sanciones contra Corea del Norte como castigo por el hundimiento del navío surcoreano.

La importancia y trascendencia de estas medidas sancionadoras y la tibieza de las maniobras políticas norcoreanas obligaron en agosto a que una delegación norcoreana se desplazase en un viaje relámpago a China para convencer a su único valedor que era preciso reanudar las conversaciones a seis bandas. Un foro de diálogo que precisamente Corea del Norte había abandonado tiempo antes de manera unilateral para concentrarse en la sucesión.

La diplomacia estadounidense se mantuvo en la vía de las sanciones contra Corea del Norte y justo después el verano el presidente Obama firmó nuevas sanciones. Sorprendentemente, abandonando su habitual lenguaje belicoso, el Norte se mostró conciliador hacia el Sur, proponiendo aumentar el número de reunificaciones familiares Norte-Sur y aceptando ayuda de su vecino para paliar los daños causados, una vez más, por las inundaciones.

A finales de septiembre, la sucesión tomaba impulso con el nombramiento de altos cargos políticos y el ascenso a general de otros tantos, en el transcurso en Pyongyang del Congreso del Partido de los Trabajadores de Corea, en su Tercera Conferencia. Entre los nuevos cargos adjudicados había, por supuesto, los de la familia del “querido líder”, con lo que parecía que se garantizaba la sucesión dinástica.

En noviembre, pasaba a un primer plano de la actualidad otro de los temas clave, el programa nuclear. Tenía lugar en ese mes la visita de un científico americano al país, a quien se le permitió visitar la central nuclear de Yongbyon con el objetivo de que pudiera ver personalmente el estado avanzado de las operaciones en las instalaciones de enriquecimiento de uranio de la central. Y cabe decir que las autoridades lograron su objetivo, ya que las declaraciones del científico a su regreso dispararon más si cabe la preocupación por el programa nuclear norcoreano, generando además el enfado en Washington, Seúl y Tokio ante este nuevo desafío.

Para empeorar aún más la situación se registraron nuevos choques fronterizos cerca de la disputada frontera marítima; además de un preocupante aumento de la tensión y la instauración de cierto clima prebélico, esta vez murieron dos soldados surcoreanos.

Situando los cimientos de un trasvase pacífico del poder

El 2010 no dio lugar al cambio radical que muchos esperaban –y que quizás muchos también deseaban– pero sí que ha sido el año que ha dado los más claros indicios sobre el devenir de la futura sucesión en la cúpula del poder

y, también, sobre los posibles escenarios a los que podría dar lugar.

El punto de partida para cualquier análisis de futuro es que el actual sistema político de Corea del Norte es único y no admite comparación con ningún otro país, incluyendo a los que podrían considerarse teóricamente más próximos ideológicamente, como China, Vietnam o Cuba.

En el singular caso de Corea del Norte el eje en torno al que se estructura el régimen es el de la sucesión dinástica (el poder pasó del “gran líder” Kim Il-sung a su hijo, el “querido líder” Kim Jong-il), con un marcado culto a la personalidad que exige una adhesión casi sectaria. Básicamente, el poder del líder supremo se sostiene en tres entidades: el Partido de los Trabajadores de Corea, el gobierno y el ejército; el control firme de las tres estructuras de poder da lugar al control total del Estado.

Sin embargo, los tres pilares no tienen la misma fuerza, no otorgan el mismo poder, ni su actual equilibrio se ha mantenido estable. Por el contrario, es posible ver como una gran cuota del poder que hasta finales de los años noventa ostentaba el Partido de los Trabajadores de Corea se ha transferido al ejército, que hoy es quien constituye los cimientos del régimen. Este cambio se produjo cuando Kim Jong-il cumplió los cuatro años de luto por la muerte de su padre, lo que dio rienda suelta a una lucha interna en el partido por el poder en la que Kim apostó por granjearse el apoyo del ejército como principal baza; pero, al alcanzar la cúspide del poder, eso implicó modificar los equilibrios. Así, de la vieja doctrina del *Juche* (que se podría traducir como “autosuficiencia” y que era un lema que guiaba a las masas) enunciada por su padre, se pasó a la doctrina del *Songun* (o “primero el ejército”), que convirtió a la institución marcial en el principal órgano del Estado y guía espiritual de la vida de la gente; el ejército debía tomarse como modelo de inspiración popular a partir de entonces. De este modo, la Comisión de la Defensa Nacional sustituyó de manera drástica y radical al propio Partido de los Trabajadores.

Este hecho subraya un elemento importante a la hora de dibujar los diversos escenarios, como es que cuando Kim Jong-il fue designado sucesor por su propio padre y buscó el apoyo del ejército para consolidar su poder, esta institución ya había asumido su rol como sucesor natural de su padre, dado que ya ocupaba el número 2 de la escala de mando, como vicepresidente de la Comisión Nacional de Defensa. Sin embargo, el menor de los Kim, de menos

de 30 años de edad, no cuenta con ninguna experiencia militar, a pesar de haber recibido recientemente el ascenso a general de cuatro estrellas. Un privilegio castrense que a esa edad no pudo lograr ni el mismo Napoleón Bonaparte.

Y parece también que los eventuales cambios en la cúpula también hacen tambalearse poco o mucho los cimientos del régimen: en la actualidad, parece ser que el Partido de los Trabajadores es el principal valedor del más joven de los Kim.

La clave ahora será saber si el delicado estado de salud de Kim Jong-il le otorgará suficiente tiempo para orquestar este cambio y dejar todo bien atado. Los primeros cambios ya se han dado: el nombramiento de nuevos generales

surgidos del propio partido, y el ascenso de algunos de los líderes locales a posiciones privilegiadas dentro del propio partido, en espera, como contrapartida, de su lealtad sin fisuras ante la próxima sucesión. En este escenario, parece claro que el Partido de los Trabajadores ha vuelto a ganar peso, al menos en apariencia, pero que a cambio ha tenido que

pagar con la militarización de sus cuadros. Ahora, la distinción entre el Partido y el ejército es todavía más difusa.

¿Será suficiente el apoyo del Partido para afianzar al nuevo líder norcoreano? ¿Le bastará al pequeño de los Kim para socavar importantes argumentos en su contra?; en una sociedad donde la longevidad es una virtud, su corta edad (menos de 30 años) es una losa.

Por otra parte, en un sistema en el que el ejército ha jugado un papel fundamental, el elevarlo al grado de general de cuatro estrellas a pesar de su juventud y a sabiendas de su nula experiencia militar se interpreta como una imposición puramente personal. A ello se suma su más que probable falta de formación real para solucionar de manera acertada la enorme y perpetua crisis económica, por lo que no parece que vaya a encajar en la imagen difundida por algunos observadores de que Kim Jong-un es una suerte de Deng Xiaoping norcoreano.

Sin embargo, el delfín de los Kim cuenta también con algunos elementos a su favor, sobre todo argumentos políticos de peso para lograr sobrevivir a este enorme desafío. Entre ellos destaca el beneplácito de su padre para que sea él quien tome el relevo del poder supremo en el país, una decisión que es de imaginar que habrá sido planificada y consensuada dentro del régimen. En este sentido, es difícil

“El eje en torno al que se estructura el régimen [norcoreano] es el de la sucesión dinástica (...) con un marcado culto a la personalidad que exige una adhesión casi sectaria. Básicamente, el poder del líder supremo se sostiene en tres entidades: el Partido de los Trabajadores de Corea, el gobierno y el ejército; el control firme de las tres estructuras de poder da lugar al control total del Estado.”

imaginar su designación (siendo además el menor de los hermanos) si no contara con el consentimiento de la élite del ejército y del partido.

Otro punto a su favor es precisamente una de las principales debilidades del régimen, la maltrecha economía norcoreana, que difícilmente puede empeorar y que por el contrario, parece fácilmente mejorable, si se dan los estímulos acertados de política económica; así, el enorme margen para la mejora es otro de los potenciales que puede explotar el nuevo liderazgo. Si la economía consigue recuperarse a través de una maniobra política de apertura al exterior, las posibilidades de supervivencia de Kim Jong-un irán creciendo gradualmente. Lo que puede ser una medicina aliviadora para el pueblo, puede ser veneno para el Partido, el ejército y el Estado.

Por último, la familia Kim, su tía, Kim Kyong-hui y su tío político, Jang Song-taek, tendrán la misión –a través de un liderazgo compartido– de tutelar esta segunda transición y lograr que se produzca de manera pacífica y controlada y, quién sabe, que este período pueda desembocar en dirigir al país hacia una más clara reunificación.

Apuntes biográficos del nuevo liderazgo

A este respecto, cada vez parece más claro que Kim Kyong-hui y su marido Jang Song-taek, serán las figuras clave de la transición. La primera es la hermana del líder supremo; desde la muerte de la madre de ambos en 1949 jugó un papel determinante en la vida de su hermano, cinco años mayor que ella. Desde el infarto sufrido en 2008, esa dependencia fraternal parece que se ha hecho todavía mayor. Si bien es cierto que poco se conoce de su biografía, es sabido que Kim Kyong-hui tampoco ha tenido una vida libre de tragedias personales, como el suicidio de su hija en Francia en 2004, que la marcó profundamente. Se especula sobre sus problemas con el alcohol y su mala relación con su marido. En la actualidad, ejerce el cargo de ministra para la Industria ligera, pero su verdadero poder reside en la estrecha relación con su hermano, quien en septiembre no dudó nombrarla también general de cuatro estrellas, junto a su marido y su sobrino.

En cuanto al marido de Kim Kyong-hui se sabe también relativamente poco, a pesar de que Jang Song-taek, de 64 años (la misma edad que su mujer), es el actual número 2 del régimen norcoreano en función de su cargo como vicepresidente de la poderosa Comisión Nacional de Defensa, que controla a todo el estamento militar y, por extensión,

al Partido. Se dice que de los dos Jang Song-taek es el que tiene unas ideas más liberales con respecto a la necesidad de apertura económica y política, hasta el punto que incluso en un momento dado, llegó a ser “enviado” una temporada al exterior para alejarlo del núcleo del régimen, en el que empezaba a dejar sentir su influencia y ganar poder rápidamente.

“¿Será suficiente el apoyo del Partido para afianzar al nuevo líder norcoreano? ¿Le bastará al pequeño de los Kim para socavar importantes argumentos en su contra?; en una sociedad donde la longevidad es una virtud, su corta edad (menos de 30 años) es una losa.”

Sin embargo, es pronto para aventurar los posibles caminos que podrá seguir el régimen bajo su mandato ya que, en cualquier caso, hasta que Kim Jong-il no abandone la escena, nadie se atreverá a mostrar sus verdaderas cartas, más incluso si estas pueden poner

en duda el legado impuesto por el “querido líder” o quizás apuntar un cambio de rumbo en el régimen.

Finalmente, tampoco se sabe mucho del joven Kim Jong-un, salvo que nació en Viena y que fue educado en Suiza. Es el hijo de la consorte Ko Young-hee, de etnia japonesa, quien falleció en 2004. Los pocos informes o documentos que hay sobre él tienden a identificarlo con una réplica de su padre y con un gran parecido físico a su abuelo, presidente eterno. Se sabe además que su nombre pasó al primer plano de la sucesión tras quedar descartado el primogénito, Kim Jong-nam, debido a la filtración a la prensa de su visita furtiva al Disneyland de Tokio, en 2001, y a su posterior arresto en el aeropuerto de esa ciudad. Sin embargo, a día de hoy, poco o nada se sabe de la manera en que el nuevo delfín ve un mundo que está cada vez más globalizado y en el que las redes sociales se extienden por los cuatro puntos del planeta, a excepción de Corea del Norte, donde solo unos pocos privilegiados tienen acceso a internet o al correo electrónico y su uso está muy vigilado.

Al repasar la obra de ingeniería política que supone el relevo generacional de Corea del Norte, no podemos obviar a otras dos figuras que también están llamadas a desempeñar un papel fundamental: el primero, el vicemarisal Ri Yong-ho, jefe del equivalente norcoreano del Estado Mayor del Ejército y que, rozando los 70 años de edad, ha sido nombrado uno de los 5 miembros del Presídium del Politburó, lo que le coloca en el eje entre el ejército, la comisión militar central y el buró político del Comité permanente del Partido de los Trabajadores. Su lealtad e eficacia en cumplir los últimos deseos de Kim Jong-il y su habilidad para sobrevivir políticamente a las luchas que probablemente aparezcan con la desaparición del hijo del presidente eterno serán determinantes para sustentar el futuro de Kim Jong-un. El segundo es Kim Kyong-ok, primer vicedirector del Departamento de Organización y que, como el anterior, también ha sido nombrado para la Comisión Militar Central del Partido al mismo tiempo que Kim Jong-un. En este

esquema de equilibrios y alianzas, ambos nombramientos están destinados presumiblemente a proteger los flancos del delfín que, gracias a su apoyo, irá ganando puntos a medio plazo sobre el conjunto del ejército, ya que la institución armada está ahora controlada por dos órganos políticos, regidos por las dos figuras mencionadas y desde los que se le ofrece suficiente cobertura para ejercer la potestad de nombrar a los nuevos cargos militares (de entre los que tienen entre 50 y 60 años de edad) y ganarse con ello su favor y lealtad.

Posibles escenarios de futuro

Si analizamos la nueva estructura de poder que quedará tras la transición política, y en particular, los cambios en las personas y las instituciones que han seguido a la reciente conferencia del Partido de los Trabajadores (la primera en los últimos 44 años, y tercera en toda su historia), podremos llegar a especular sobre si el camino que le espera al joven Kim Jong-un, será una tarea difícil, o más bien rozará lo imposible.

Además de los citados cambios internos en el régimen, y su potencial para generar pugnas internas que lo desestabilicen, cabrá esperar toda una serie de factores externos o ajenos a su control y que sin duda determinarán el rumbo de la transición política, como por ejemplo las frecuentes catástrofes naturales y su negativo impacto en la maltrecha economía norcoreana; o también la actitud que puedan tener hacia Corea del Norte las principales potencias extranjeras, en especial China y Estados Unidos, circunstancia que puede degenerar en conflictos mayores, incluso de consecuencias graves. Se trataría en este caso de cambios operados en el seno de las mismas potencias, o incluso en sus relaciones bilaterales, que en el caso de Beijing y Washington podría traducirse inmediatamente en un incremento de la tensión en Asia Oriental.

Sin embargo, si nos abstraemos de las variables ajenas al propio régimen, parece que el principal reto a medio plazo se derivará de dos debates centrales y potencialmente problemáticos para la estabilidad del régimen: el primero, el debate acerca de si finalmente hay que hacer una apertura al estilo chino, siguiendo los ritmos y los pasos dados por Beijing en este sentido; el segundo debate, es acerca de cómo enfocar las relaciones con Estados Unidos, pese a que

sin duda, y como hasta ahora, ambos temas seguirán siendo tratados de manera extremadamente reservada.

Sin embargo, en el corto plazo, la variable más importante para el futuro del régimen norcoreano es el estado de salud de Kim Jong-il y, de resultas, cuándo será el momento específico en el que el líder deje ir las riendas del régimen. Si, cuando esto ocurra, el esquema de la sucesión estuviera firmemente trazado, es de prever una sucesión tranquila y pacífica. Si, por el contrario, aún no está determinando o ya se ha desdibujado, es muy posible que florezcan las hostilidades entre las diferentes facciones.

En cualquier caso, y contando con los pocos elementos con los que disponemos para analizar la situación, son tres los escenarios más posibles: el de una sucesión controlada; el de una sucesión contestada; y el de una sucesión fallida. Al tratarse de tres escenarios trazados a grandes rasgos es preciso apuntar que, a partir de ellos, surgen múltiples combinaciones, que complican aún más si cabe las probabilidades de acertar con cualquier predicción.

a) Sucesión aceptada

Dentro de este escenario de sucesión controlada, la opción que tiene más posibilidades de materializarse es la de una sucesión consensuada, no solamente entre los poderes fácticos sino también en el seno de la propia familia Kim. Una elección que debería contar con el beneplácito del ejército a través de la Comisión de Defensa Nacional (CDN), que es en realidad quien dirige el día a día del país y que aún hoy manda sobre el Partido de los Trabajadores, cada vez más militarizado. Y si alguien es consciente de la importancia de contar con el apoyo de la CDN, este es Kim Jong-il, quien tras

“La variable más importante para el futuro del régimen norcoreano es el estado de salud de Kim Jong-il y, de resultas, cuándo será el momento específico en el que el líder deje ir las riendas del régimen. Si, cuando esto ocurra, el esquema de la sucesión estuviera firmemente trazado, es de prever una sucesión tranquila y pacífica. Si, por el contrario, aún no está determinado o ya se ha desdibujado, es muy posible que florezcan las hostilidades entre las diferentes facciones.”

la muerte de su padre tuvo que luchar durante años para recuperar la parcela central del poder que este pilar del régimen había tomado bajo su custodia.

Además, en la familia Kim, los diez miembros principales que la componen –solo tres de ellos civiles–, deben su cargo al beneplácito del propio Kim Jong-il, que ha ido colocando lentamente en puestos claves a sus más fieles aliados. Por último, el contar con una mayoría abrumadora de generales en la mesa de decisión conlleva de forma implícita el apoyo del ejército, sin entrar a valorar que de los 1.400 generales existentes, más de 1.100 han sido ascendidos directamente por Kim Jong-il. Todos estos factores, más el trabajo de Kim

Kyong-hui y Jang Song-taek, puede que garanticen cierta estabilidad y permitan al país seguir con sus lentas reformas manteniendo el statu quo interno.

b) Sucesión contestada

El segundo escenario que puede producirse es que tras la desaparición de Kim Jong-il sus designios no se vean cumplidos una vez él ya no esté para imponerlos. Y no es un escenario descartable, pese a que la información fidedigna que logra traspasar los muros del régimen es muy poca, y no nos permite medir con precisión las dimensiones de la disidencia interna y el calado de las luchas de poder entre los aparatos de poder de las diferentes facciones, más allá de saber de su existencia. Dependiendo de su verdadera organización y fortaleza, muy bien podría ser que tras la aparente cohesión del régimen, desaparecido el líder se iniciara una pugna por el poder que descartara el escenario previsto. De nuevo, el papel del ejército sería determinante para decantar el poder hacia cualquiera de las facciones, y de ese modo, conseguir el respaldo y la legitimidad necesaria para poder seguir llevando las riendas del país. En este escenario no solamente se romperían los esquemas del actual liderazgo sino que al evaporarse la opción del liderazgo compartido, con la que trabajan la mayoría de actores internacionales con intereses en la península, aumentaría la incertidumbre dentro y fuera del país. Si no disponemos de información acerca de quiénes serían los contendientes en esta pugna por el poder menos aún podremos aventurar cuál sería el posible desenlace de la lucha. Sin embargo, es fácil de adivinar que esta sería prolongada, que se terciaría en los distintos aparatos de poder y que no es descartable que pudiera alcanzar altos grados de violencia. En este nada deseable escenario, el ejército y el Departamento para la Seguridad del Estado (los servicios de inteligencia) seguirían ocupando un papel central, ya sea como árbitros de la contienda o, directamente, como partes implicadas.

De darse este escenario, no hay duda que el nuevo régimen que emergería tendría una legitimidad interna muy distinta, ya que presumiblemente no derivaría de su vínculo con la familia Kim, que ha mantenido unido al país durante más de medio siglo.

c) Sucesión fallida

El último de los escenarios posibles, y probablemente el de resultado más incierto y por ello menos deseable, sería el de una sucesión fallida en todas sus dimensiones, situación que se podría producir a raíz de las debilidades del proceso que ya han sido expuestas, o incluso por otras que pudieran aparecer en el futuro y que aún permanecen ocultas.

En este escenario, el régimen resultante carecería de toda legitimidad y por ello de apoyo, y la situación podría abocar al país a una división de consecuencias imprevisibles. Entre sus facetas más peligrosas, podría conducir a una escalada de conflictividad con el vecino del Sur y sus aliados (llegando incluso a plantearse un escenario bélico) y/o una ola de refugiados, que colapsaría la frontera china. De no llegar a alcanzar las cotas máximas de tensión en la región, este escenario podría aumentar el *enroque* de Pyongyang y conducir a un bloqueo de la ayuda externa en forma de alimentos o de energía por parte de Seúl y Beijing, lo que agravaría más aún la situación de la población, sobre todo en zonas más remotas donde la información es muy limitada y se desconoce el verdadero alcance de la tragedia humanitaria que llevan sufriendo durante décadas.

El precedente de la Alemania del Este y la súbita caída del Muro de Berlín está siempre presente, al igual que la propia desintegración de la Unión Soviética, aunque ambas situaciones poco tienen en común, ya que las asimetrías previas a la reunificación son mucho más acuciadas en el caso de Corea, como también es muy distinta la visión acerca de la reunificación de los vecinos de la región.

Como última consideración, cabe decir que si bien este escenario podría parecer apocalíptico para cualquier otro régimen del mundo, el régimen norcoreano siempre ha jugado de manera muy peligrosa, pero hábil, sobre el filo de la navaja.

Desafíos y dilemas

Los escenarios que hemos esbozado en el apartado anterior son pocos, pero como ya hemos adelantado, pueden llegar a combinarse de múltiples maneras. Y los factores que harán que un determinado escenario prevalezca sobre otro son también diversos y no menos complejos.

Sea cual sea el futuro liderazgo que emerja de cualquiera de ellos, deberá enfrentarse con algunos temas que inevitablemente, marcarán su agenda.

El primero de ellos, y el más importante, es cómo podrá Pyongyang manejar, simultáneamente, su nuevo estatus de potencia nuclear; y; con esa misma situación, cómo buscaría mejorar las relaciones con sus vecinos y en especial con Estados Unidos, con quien a día de hoy ni siquiera mantiene relaciones diplomáticas. El segundo asunto sobre la mesa, y también enunciado, es el debate acerca de si se inicia la apertura económica y las reformas que esta requiere, teniendo en cuenta que es un proceso con implicaciones políticas y sociales de gran calado. En tercer lugar, y directamente relacionado con lo anterior, el nuevo liderazgo

deberá posicionarse frente a los dilemas globales, como la necesidad de una nueva gobernanza global o la emergencia de las redes sociales como instrumento político, entre otras muchas cuestiones en las que, debido a su aislacionismo actual, Pyongyang no ha desarrollado una postura activa. A su favor, el régimen tiene la opción de tomar como modelo la experiencia china para avanzar en la apertura de manera eficaz. China por su parte, no solamente sería un modelo sobre el papel, sino que también es de prever que se implicaría mucho más en el desarrollo de su vecino sureño.

Sin duda alguna, la respuesta que la tercera generación dé a estos desafíos determinará la relación con las potencias regionales, así como el camino que tome la propia reunificación de la península coreana. Mientras se conforma el nuevo escenario, las potencias regionales con intereses claros y vitales seguirán sin duda de cerca lo que pasa en Pyongyang, no solamente como observadores, sino también intentando ajustar sus propias políticas para que el resultado final sea el más conveniente a sus intereses.

¿Cuánto tiempo le quedará de vida a la 'Juche' y el 'Songun'?

A pesar de que China ha sido tradicionalmente el principal valedor del régimen norcoreano, las propias dinámicas internas de ambos países han conducido a un progresivo distanciamiento, debido en parte a la oposición de la integración de China en el sistema internacional y el creciente empeñamiento de Corea del Norte. Hasta el momento, Beijing se ha esforzado por controlar, con más o menos éxito, a un vecino díscolo del que no se fía desde hace muchos años, pero con el que comparte fronteras y algunas preocupaciones, como por ejemplo el temor a un derrumbe del Estado que provocaría una crisis de refugiados en la frontera que comparten. De momento, todo parece indicar que China también ha dado el visto bueno a los planes sucesorios de Kim Jong-il, y con ello, intenta mantener o incluso aumentar su capacidad de influencia sobre el próximo liderazgo.

Por su parte, Corea del Sur sigue viendo con prudencia y suspicacia los movimientos de Beijing, sin olvidar la vieja política de Pyongyang de enfrentar un país contra otro para

intentar sacar beneficio de ambos. Al mismo tiempo, las relaciones económicas y comerciales entre Seúl y Beijing no han hecho sino incrementarse, lo que les une más que les separa.

Probablemente, para todas las potencias implicadas en la península coreana, el desafío más importante sigue siendo

“China ha dado el visto bueno a los planes sucesorios de Kim Jong-il, y con ello, intenta mantener o incluso aumentar su capacidad de influencia sobre el próximo liderazgo. (...) [Por su parte] Corea del Sur [observa] con prudencia y suspicacia los movimientos de Beijing, sin olvidar la vieja política de Pyongyang de enfrentar un país contra otro para intentar sacar beneficio de ambos.”

lograr evitar el colapso del régimen y que la transición política se lleve de la manera más pacífica y estable posible. Esto incluye a Washington, cuya preferencia sigue siendo que el nuevo liderazgo, compartido o no, sea más reformista y esté predispuesto a una mayor cooperación internacional. Japón y la Federación Rusa seguirán

siendo actuando en un segundo plano, mientras que la Unión Europea, desgraciadamente, continuará alejada de los acontecimientos que pasan en esa parte del mundo.

Como norma general, todas los actores internacionales comparten el objetivo de que la sucesión sea un éxito, y en la medida de lo posible desearían evitar incidentes que deriven en un conflicto armado interno o externo, conscientes de que es preciso sostener la ayuda alimentaria y evitar la tan temida crisis de refugiados, especialmente a los dos países que la padecerían directamente, China y Corea del Sur.

El programa nuclear y las armas de destrucción masiva

Junto a la recuperación económica, el programa nuclear es el elemento clave que determinará el futuro de la tercera

transición de su historia en uno de los países más herméticos del planeta. Esta poderosa carta de negociación y chantaje no es nueva, y será difícil que Pyongyang renuncie a ella hasta que se alcance la hoy todavía lejana reunificación.

La comunidad internacional en general y los países involucrados en las Conversaciones a Seis Bandas tienen una gran labor por delante para intentar controlar que el programa nuclear norcoreano, incluyendo las 6-8 armas que presuntamente tiene en su haber Pyongyang, así como las 4.000 toneladas de armas químicas y biológicas, que se suman a un programa de misiles balísticos de primer orden. Lo deseable sería que cuando la

ansiada reunificación se produzca, la península coreana que resulte abrace el estatus de “zona libre de armas de destrucción masiva”, lo que también implicaría el regreso a todos los tratados internacionales a los que Pyongyang no pertenece o de los que se ha retirado, entre los que destacan el Tratado de No Proliferación y la Convención de Armas Químicas y de Armas Biológicas.

Conclusiones

Nada puede asegurar a Kim Jong-un pueda llegar a ocupar el puesto de su padre de la misma manera en que él lo ostenta ahora. Lo que sí está claro es que nunca podrá hacerlo como lo hizo su abuelo.

Es inevitable que se generen enormes dudas acerca de que un joven de 28 años, sin experiencia política, militar o económica, pueda hacerse con las riendas del poder de una de las potencias militares de Asia Oriental, una región clave para la economía y la política internacionales; y que este posible futuro líder pueda cuando menos tener la oportunidad no solo de alcanzar el poder, sino también de mantenerse por un período de tiempo razonable en los puestos claves de toma de decisiones. Puede que si el partido, el aparato del gobierno y el ejército lo ven como un mal menor y como el único con suficiente capacidad de representación, Kim Jong-un pueda convertirse en una figura aceptada, aunque cumpla un papel poco más que ceremonial.

Sin embargo, Kim Jong-il también parecía una persona sin experiencia y carente del carisma casi divino de su padre, pero tras varios años de lucha oculta tras el duelo de Estado pudo afianzarse y sobrevivir a las luchas internas. Todo parece indicar que su intención es dejar el camino libre a su sucesor, y que por parte de la élite en el poder, que vive en condiciones lujosas para el resto de los norcoreanos y que obtiene beneficios del actual modelo, no hay objeciones a que la familia Kim siga en el poder cuando las alternativas son incógnitas. Además, como ya se ha apuntado, en el escenario de la continuidad, es posible que la hermana del “querido líder”, Kim Kyong-hui y su marido, Jang Song-taek, sean sosténganlos verdaderas vigas maestras de toda la estructura del régimen.

Pese a ello, esto no implica que el camino a la transición sea fácil. Si la economía no consigue recuperarse y el abastecimiento de comida y energía siguen disminuyendo la propaganda del régimen no podrá funcionar eternamente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DELISLE, Guy (2005): *Pyongyang*, Astiberri

OBERDORFER, Don (1997) *The Two Koreas: A Contemporary History*, Addison-Wesley.

SNYDER, Scott (2009): “The Korean Peninsula: *On the Brink?*” en MAUER, Victor y DUNN CAVELTY, Myriam: *The Routledge Handbook of Security Studies*, Routledge.